

MOVIMIENTO SOCIAL Y REPRESENTACION POLITICA¹

El FRENAPPO como consolidación de las discusiones del 3er. Encuentro

La decisión de mantener el mismo tema para el 4º Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento (que las entidades organizadoras adoptamos al concluir la tercera edición, un año atrás) ha demostrado ser sumamente acertada. Los doce meses transcurridos desde la realización del 3º Encuentro han sido pródigos en acontecimientos de trascendencia, tanto en el orden nacional como a escala mundial y en todos ellos, la representación política ha estado presente en primerísimo plano, ya se trate de instituciones y organizaciones de un país como de la puja entre naciones en el concierto internacional.

Para comenzar por lo más cercano, debemos señalar que uno de esos hechos significativos del último año tuvo que ver, precisamente con el último Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento. Recordemos que las deliberaciones de hace un año terminaron convocando al Movimiento por la Consulta Popular; un gran nucleamiento del que nuestro Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos forma parte, junto con otras organizaciones. Transformado durante 2001 en el Frente Nacional contra la Pobreza, por el Trabajo y la Producción, impulsó activamente la convocatoria para el 13, 14 y 15 de diciembre próximos, a una votación masiva en la que el pueblo pueda pronunciarse a favor de un seguro de empleo y formación de 380 pesos mensuales para cada jefe o jefa de hogar desocupado más 60 pesos mensuales por cada hijo menor, bajo la consigna “ningún hogar pobre en la Argentina”. En torno de esta convocatoria, las organizaciones que conforman el FRENAPPO llevaron a cabo en septiembre pasado numerosas caravanas, donde centenares de dirigentes tomaron contacto con millares de compatriotas

(1) Ponencia del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos – IMFC, presentada en el “Cuarto Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento” desarrollado en Buenos Aires, durante los días 30 de noviembre y 1º de diciembre de 2001

en ciudades y pueblos, de toda la geografía nacional. Como continuación de esa rica experiencia de lucha, el IMFC considera prioritario preservar ese espacio social de vocación transformadora, buscando asimismo ampliar sus bases de sustentación y proyectarlo hacia el futuro, actitud que debe sustentarse con más énfasis aún luego de la finalización de la Consulta Popular de Diciembre del 2001.

La “Nueva Guerra” y su impacto sobre la representación política

Como ante un escenario giratorio, o tal vez a la manera de un zapping televisivo, el vértigo de los hechos agita y confunde la malla de la realidad. El mismo día en que partían desde Buenos Aires las caravanas del Frenapo, se producían los terribles atentados contra las Torres Gemelas y la sede del Pentágono. El IMFC publicó una declaración en la cual vinculaba los terribles atentados terroristas con las modificaciones en las cuestiones inherentes a la representación política, en este caso, en el ámbito de las naciones y la relación entre ellas.

El movimiento nucleado en el IMFC expresó su más enérgico repudio a los atentados terroristas perpetrados contra el pueblo de los Estados Unidos, sintiendo como propio el enorme dolor que provoca la pérdida irreparable de miles de vidas humanas, hombres y mujeres del pueblo estadounidense cuyas existencias fueron interrumpidas para siempre en un minuto demencial que, para muchos de nosotros, fue como revivir el estremecimiento que nos causaran los atentados terroristas en nuestro país, contra la embajada de Israel y la AMIA.

A partir de estos acontecimientos, se ha puesto en marcha la nueva forma de dominación imperial liderada por Estados Unidos y seguida dócilmente por los países que conforman el sistema capitalista mundial.

Queremos afirmar que ninguna acción terrorista sufrida por un pueblo le confiere a su gobierno el derecho a una represalia masiva contra el pueblo de otra nación, dónde supuestamente se refugia ese terrorista.

La consigna “se está con nosotros o se está con el terrorismo”, que pronunciara George Bush hijo, después de los atentados, marca la opción entre la

sumisión de las naciones al nuevo orden que pretende imponer EE.UU. o a que sean pasibles de agresión tipo Afganistán. Siete naciones ya están en la lista de sospechosas de dar apoyo a terroristas y algunos otros tienen una triple frontera que resulta dudosa.

El formidable despliegue militar de Estados Unidos y sus aliados contra una de las naciones más pobres de la Tierra, envuelta en una larga guerra civil por motivos étnicos y religiosos, persigue entre otros propósitos el de intimidar a los pueblos del mundo para que se sometan a las exigencias de los EE.UU. y los organismos internacionales cuya hegemonía ejerce.

No hace falta mucha sagacidad para demostrar que esta guerra busca como primer objetivo establecer a través de gobiernos títeres, el control de una vasta zona petrolífera que unifique la explotación del Golfo Pérsico y el Mar Caspio, en beneficio de las grandes corporaciones petroleras.

Harto elocuentes son las palabras de Robert Kaplan, politólogo y ensayista norteamericano de la Fundación New America y asesor del Partido Republicano (Clarín, 12.11.01, pág 18). Dice el experto: "... Este realismo postula que las relaciones exteriores ocasionan una moralidad separada, más triste, que la que aplicamos a la política interna y en nuestra vida cotidiana. Esto es porque a nivel interno nos movemos de acuerdo a la ley, mientras que el resto del mundo es un reino anárquico en donde nos vemos forzados a tomar la ley en nuestras manos. Esta es una distinción que la ciudadanía tolerará ahora que su seguridad se ha visto sacudida. Hasta nuestra visión de democracia debe sufrir ahora una alteración realista sutil. En lugar de pedir que se democratizen países como Pakistán, Egipto y Túnez, tendremos que tolerar cada vez más dictaduras benignas y diversos estilos de regímenes híbridos, siempre que nos ayuden en nuestra nueva lucha."

Las elecciones y la representación política

Otro de los eventos esenciales del 2001 ha sido el acto electoral del 14 de octubre, cuyos resultados configuraron un nuevo escenario político.

El marcado ausentismo y un impresionante crecimiento de los votos en blanco e impugnados fueron el rasgo más notorio y constituyeron señales in-

equivocas del profundo rechazo ciudadano a una política económica y social que ha generado la crisis más aguda de la historia argentina. El castigo de las urnas se hizo sentir en primer lugar sobre la Alianza gobernante, cuyo electorado disminuyó en un 75 por ciento. También impactó fuertemente sobre el partido que lidera el ministro Domingo Cavallo, quien obtuvo un respaldo significativamente menor que en las elecciones anteriores. Por su parte, si bien quedó posicionado como la fuerza triunfante, el justicialismo también sufrió la merma del caudal electoral, comparando los votos actuales con los obtenidos en el comicio previo al del 14 de octubre.

Lo novedoso, ya sea como una de las expresiones del descontento o como testimonio de una búsqueda hacia otras alternativas, fue el crecimiento del espacio de la centroizquierda y la izquierda en sus diversas manifestaciones, lo cual no es un dato menor para un movimiento popular como el nuestro, que tiene firme tradición anticapitalista.

A través del análisis de los resultados de la votación resulta innegable que el reclamo de la ciudadanía, manifestado a través del “voto bronca” resulta en la demanda de construcción de una expresión política suficientemente representativa que aplique urgentes medidas económicas y sociales que resuelvan la situación de pobreza, la inmediata expansión del mercado interno, un plan de salvataje para las pequeñas y medianas empresas y acciones de fomento para la creación de cooperativas, entre otras decisiones acuciantes.

Desconociendo los resultados electorales y la exigencia de cambio que éstos expresaron, los sectores del poder dominante, acompañados por la política del gobierno de turno, han planteado un esquema de innovaciones que fortalecen su ideología corporativa y antidemocrática.

En ese sentido se inscriben varias acciones, entre ellas el intento de reinsertar a las fuerzas armadas en un lugar de privilegio, recomponiendo su imagen y sus funciones en el sistema político, mediante una modificación de la legislación que les permita, por ejemplo, cumplir tareas de inteligencia. Desde el movimiento cooperativo vemos con preocupación estos intentos (en los que también participan sectores del gobierno), luego de 25 años del trágico golpe militar del “proceso” y de la ciclópea tarea de las organizaciones de derechos humanos por mantener viva la memoria del pueblo sobre las atrocidades de la dictadura.

Las recientes elecciones dejaron entrever asimismo otro de los intentos del bloque dominante, que logró imponer en el debate político el tema del voto calificado; es decir, transformar el voto obligatorio en voluntario, lo cual está a tono con el tipo de democracia que necesita el capitalismo en la actualidad. El mejor ejemplo de esto es George Bush, quien asumió la presidencia de los Estados Unidos por decisión judicial, con una dudosa legitimidad. Después de los atentados del 11 de septiembre su situación cambió súbitamente y hoy podría decirse que cuenta con la legitimidad que antes no tenía, lo cual tranquiliza a los poderes transnacionales, ya que un país central como ése necesitaba legitimarse como democrático.

Salvadas las distancias, no sería extraño que para nuestro país se quiera ir modelando una concepción democrática lo más parecida a la norteamericana: en ese esquema, con que vote el 40 ó el 50 por ciento sería suficiente. De más está decir que nuestra concepción de la democracia está en las antípodas de esa ideología.

Más que a las formalidades de un sistema, atendemos al protagonismo de ese vasto conjunto social que siempre se identificó como el pueblo pero al que se alude con expresiones como bloque popular o sociedad civil. Los cooperadores creemos que la democracia sólo se concibe en un contexto de participación popular, con igualdad de condiciones en lo económico, lo social y lo cultural.

Crisis generalizada y necesidad imperiosa de cambios

La democracia restringida propuesta desde el poder hegemónico resulta la única opción funcional del poder económico: lo que llamamos “el modelo”, que se encuentra en una fase que podemos llamar “de crisis” que alcanza a los equilibrios macroeconómicos y a la sobrevivencia de gran parte de la sociedad, aunque no llega a la esencia del régimen.

La situación de crisis es múltiple y abarca a la economía, lo social, lo político y lo cultural.

En lo económico, para citar sólo un dato de la misma: 15 millones de personas, el 40% de la población, está bajo la línea de pobreza y los casi 4 millones y medio de desocupados y subocupados que representan el 30 por

ciento de la población económicamente activa. En lo social, la atención médica, la salud pública y la justicia son sometidas a constantes recortes, mientras la generalización de la pobreza genera sucesivas rebeliones populares expresadas en cortes de ruta, toma de fábricas, protestas estudiantiles, de jubilados, etcétera. En lo político la crisis de credibilidad que ya hemos destacado. Respecto a lo cultural, los grandes medios masivos de comunicación instalan cada vez con más fuerza el discurso dominante y ocultan la información sobre las distintas expresiones populares, ya sean de protesta como de crítica y propuesta; los espacios informativos han sido acaparados por una excesiva notoriedad de los hechos delictivos que magnifican y distorsionan el verdadero problema de la seguridad; el principal efecto de las políticas neoliberales y del denominado pensamiento único se puede medir en la desmovilización social, la confusión ideológica y la consecuente neutralización de sujetos sociales para el cambio.

La voracidad rentística, identificada con metáforas tales como “seguridad jurídica para las inversiones externas”, “la voluntad del mercado” y el más novedoso “riesgo país”, ha logrado avanzar por sobre la seguridad jurídica y social de grandes masas de la población, invirtiendo las prioridades y colocando la rentabilidad extrema por encima de los valores humanos esenciales, como el derecho a la vida, al trabajo, a la libre expresión, a una alimentación conveniente, tranquilidad económica y otros tantos derechos humanos.

Estamos asistiendo en estos dos últimos años al chantaje de los mercados, que asignan toda la culpa de la crisis al gobierno, que la tiene, pero abuelven a los grandes capitales financieros y a los bancos extranjeros, incluidos los radicados en nuestro país, de la responsabilidad de las políticas aplicadas, cuando estos últimos son los titiriteros que manejan esa entelequia llamada “mercado”. Los multimedios de su propiedad acompañan ese sometimiento ideológico, anunciando minuto a minuto el nivel del “riesgo país” e informando los sucesos económicos con titulares del estilo “hoy el plan rinde examen ante los mercados”.

Desde el campo popular, no son pocos los que hablan del agotamiento del modelo, y de la imperiosa necesidad de cambio, que no encuentra una vía que lo convoque.

En el movimiento cooperativo nucleado en el IMFC pensamos que ese agotamiento es sólo virtual, y que el modelo no ha fracasado, ya que ha con-

cretado una fabulosa concentración de la riqueza en pocas manos, haciendo realidad sus sueños de mediados de los años setenta: reducir el salario directo e indirecto, afectando la cantidad de recursos que se distribuyen para los trabajadores por salarios de bolsillo o por gastos del Estado.

En la actualidad, estos sueños continúan plasmándose en la realidad a través de una nueva y poderosa herramienta como la del “Déficit Fiscal Cero”, que constriñe aceleradamente el gasto público y los ingresos de trabajadores estatales y jubilados.

Cualquiera fuera la salida al sistema de Convertibilidad, si éste no pudiera ser mantenido, operada desde el Gobierno o los grandes grupos económicos y financieros, conocida como “Plan B”, intensificará aún más los costos para los trabajadores, las pymes y los desocupados.

La construcción de una alternativa

Cuando hablamos de bloque dominante es evidente que ese poder hegemónico puede funcionar de tal manera por la ausencia de su antagonista, el bloque popular. La primera conclusión es que el bloque popular como tal no existe en la actualidad en nuestro país, aunque está en construcción. Los diversos sectores u organizaciones que por su naturaleza intrínseca lo conforman no actúan en conjunto y a esa carencia esencial se refieren los militantes sociales y políticos cuando hablan de “coordinar las luchas”.

Pero lo cierto es que, en cada una de sus esferas, el movimiento popular está fracturado y esa realidad (que comprende desde el sindicalismo o las organizaciones de derechos humanos hasta el movimiento piquetero) se traduce en los partidos políticos y, especialmente, en la izquierda, seguramente la más sensible a la fractura del movimiento popular.

La construcción de un bloque sólido que defienda los intereses de las mayorías con un programa de acción que tenga consenso popular es, desde ya, una tarea harto difícil pero la saludable autocrítica que debemos plantearnos como cooperativistas y como exponentes del campo popular y el reconocimiento de nuestras limitaciones y errores no deben hacernos relativizar los logros obtenidos: Nuestra participación activa y comprometida para trabajar con los distintos sectores sociales, reunidos en una época en el Congreso de la

Cultura, el Trabajo y la Producción, y actualmente en el Movimiento por la Consulta Popular, transformado en el Frente Nacional contra la Pobreza, por el Trabajo y la Producción, son valiosos aportes en el camino de creación de ese bloque popular, a los cuales debemos agregar nuestra participación en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, ya que la respuesta también hay que pensarla regional e internacionalmente.

Aportes del Movimiento Cooperativo

Por todo lo dicho, y por su pertenencia a los sectores pequeños y medianos de la sociedad, el movimiento cooperativo no escapa a las generales de la ley. El cooperativismo argentino (que, como decíamos, ostenta una honrosa tradición de lucha) está también dividido en proyectos disímiles. Hay que decir que no todas las entidades creadas bajo esta figura jurídica se identifican con el carácter que nosotros le asignamos y, a veces, tampoco comparten principios esenciales como “un hombre, un voto”. Como consignábamos en la ponencia del año pasado, a partir de esas cuatro palabras que toman partido por la condición humana de sus asociados más allá de los bienes materiales que posea cada uno, se ha ido forjando la experiencia del IMFC a lo largo de más de cuatro décadas, conjuntamente con otra condición básica: la democracia en la gestión.

En nuestra experiencia, a la importancia que le asignamos a las cooperativas en tanto entidades de personas y no de capital expresada en la ecuación anterior, incorporamos la gestión participativa en la toma de decisiones como elemento esencial y diferenciado respecto de las empresas lucrativas. Se trata de ir más allá de la democracia electiva y transitar el camino de la participación consciente en la construcción de una entidad para un orden solidario. Y toda esa fortaleza apunta a trascender, ganando representatividad política en el movimiento popular.

No obstante, las cooperativas no están exentas de una de las peores deformaciones: la burocratización; ¿Cómo luchar contra ese mal que corroe los más nobles sentimientos e ideas? Creemos que con la participación activa: la existencia de las comisiones de asociados tiene ese fundamento doctrinario, descentralizando la gestión hasta el límite de lo posible.

También es cierto que acecha el peligro que las cooperativas sean ganadas por la inercia, lo cual es una posibilidad ya que estas entidades no son una isla

en la sociedad ni los cooperativistas seres sobrenaturales; máxime cuando debemos desarrollar nuestra acción de finalidades solidarias en un sistema regido por reglas de juego absolutamente adversas, donde el valor supremo es la ganancia, el plusvalor.

En ese contexto, las cooperativas contamos con una herramienta de acumulación importante, como lo son los excedentes, que fortalecen económicamente a las cooperativas y permiten continuar prestando servicios eficientes a nuestros asociados y a la comunidad. Un tema central es cómo planificar y reinvertir dichos excedentes.

Podemos orientarlo al desarrollo de la propia entidad, del movimiento cooperativo en general y del movimiento popular en su conjunto.

Resulta indispensable que las características antes mencionadas que hacen a temas como la propiedad, la acumulación y la gestión democrática y alternativa, sean transmitidas a la sociedad, que muchas veces desconoce estas cuestiones; debemos hacerlo sin ningún afán ejemplificador sino a partir de la humildad que da la práctica. Sobre todo en un momento en que muchos movimientos populares están viendo la forma cooperativa como apta y útil para sus políticas de protección ante un capitalismo excluyente y concentrador. En años anteriores, desde el campo popular y la izquierda se veía al cooperativismo como una forma reformista y no deseable de organización económica de la sociedad, planteo que no encontramos en la literatura de los socialistas utópicos y de los propios Marx, Engels o Lenin; recién en una generación posterior a ellos el cooperativismo fue desjerarquizado.

Hoy, en cambio, diversas expresiones del movimiento social, en nuestro país y en el mundo, acuden a la forma cooperativa para consolidar sus propósitos. Entre nosotros, organizaciones sindicales, de vecinos, consolidan sus esfuerzos productivos, comerciales, de vivienda o de trabajo bajo la forma cooperativa. En Brasil, los campesinos del Movimiento Sin Tierra y el zapatismo mexicano acuden a la construcción de cooperativas para resolver problemas económicos, sociales y culturales. Es un camino de ida y vuelta, donde las cooperativas aportan a la transformación social y al mismo tiempo, organizaciones sociales y políticas apoyan sus objetivos en la promoción de cooperativas.

En lo que atañe a nuestro Instituto y al movimiento que nuclea, la premisa es sostener la fidelidad a los principios. Así como hace 43 años el desafío fue encabezar aquel formidable fenómeno de las cajas de crédito, que conmocionó al país al poner los recursos financieros al alcance de las capas medias y populares, la tarea de estos tiempos es la refundación del movimiento. Estamos impulsando la creación de nuevas cooperativas en todo el país; cooperativas populares de crédito, junto con otras de diversos rubros, ya están funcionando y son muchas más las que ansiamos materializar. Hoy más que nunca la cooperativa puede ser anticapitalista, contribuir a organizar a la sociedad, no como la perspectiva de un futuro remoto sino para empezar a resolver ya temas de la sobrevivencia y generar nuevas formas de gestión, nuevas formas de planificación del excedente, pensando que se puede organizar la economía, la sociedad, la cultura y, por lo tanto, la política de una manera diferente. Todo ello en el marco de la batalla cultural que estamos librando para transformar el “sentido común” que el neoliberalismo ha instalado en la conciencia de la gente, creando otro de bases humanistas y solidarias.

La solución a la grave crisis actual no puede encararse con discursos ni con acciones o planes individuales sino que se requiere crear un consenso de cambio que sea aceptado por la mayoría de la sociedad. Sin esta condición, toda propuesta aislada resultará ineficaz, conclusión que resulta convalidada por el resultado electoral.

Crear un importante consenso en la sociedad requiere tiempo: se deben instalar nuevos paradigmas, perder los miedos (que astutamente instaló el modelo) a las modificaciones estructurales de carácter progresista y popular y recrear la vocación de la población para implementar un verdadero cambio.

Nuestra propuesta como cooperadores se basa en un cambio de modelo económico y social para terminar con el individualismo, la desigualdad distributiva y la explotación desmedida de los recursos humanos y naturales e instalar una sociedad que se apoye en los principios de la solidaridad, la equidad distributiva, la justicia social, la democracia participativa y que establezca la primacía de la sociedad por sobre el mercado.

Este cambio sólo se podrá realizar a través de un debate doblemente amplio, por la vastedad de sectores e individuos abarcados en el mismo,

como así también por la variedad de temas a discutir, que replantearán las formas de construcción política, el rol de los partidos políticos, las nuevas formas de expresión de una genuina democracia. Este camino permitirá ir sentando las bases de una democracia participativa (la Consulta Popular es una de sus principales herramientas) que es condición indispensable para el involucramiento de la ciudadanía en la política y para revertir el mal concepto que se tiene de ésta.

En este sentido, la discusión de las distintas formas de representación política y de la articulación de los movimientos populares con las mismas, tema convocante de este 4to. Encuentro por un Nuevo Pensamiento, resulta altamente necesario en esta etapa de construcción del movimiento popular, ya que la asignatura pendiente continúa siendo la alternativa política.

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos